

no son otra cosa que un juego de imaginación; y es preciso presentarle un alimento inocente para desviarla de los objetos á que debemos renunciar. Con esto hacemos, á poca diferencia, lo que con los niños: darles juguetes para que dejen los dulces. De esta suerte se tiene tiempo para afirmarse en el terreno de la prudencia sin advertirlo siquiera, y se llega á él por el camino de la locura, lo cual facilita su acceso á muchas personas.

Creo, pues, que no me he equivocado en la esperanza de ser útil que me ha hecho tomar la pluma, y no me queda ya sino defenderme del sentimiento natural de amor propio que podría legítimamente experimentar revelando á los hombres este género de verdades.

CAPÍTULO XXIX

Espero, mi querida Sofia, que todas estas confidencias no os habrán hecho olvidar la incómoda posición en que me habéis dejado al borde de mi ventana. La emoción que me había causado la vista del precioso pie de mi vecina duraba aún, y me encontraba más que nunca dominado por el peligroso encanto de la zapatilla, cuando un suceso imprevisto vino á sacarme del riesgo en que me hallaba de caer á la calle desde un quinto piso. Un murciélago que daba vueltas al rede-

dor de la casa, y que viéndome inmóvil durante tanto tiempo me tomó, al parecer, por una chimenea, vino de súbito á dar contra mí y á agarrarse á mi oreja. Sentí en la mejilla el horrible frescor de sus húmedas alas. Todos los ecos de Turín contestaron al furioso grito que proferí muy á pesar mío. Los centinelas más lejanos dieron el *quién vive*, y oí en la calle la marcha precipitada de una patrulla.

No me costó gran trabajo abandonar la vista del balcón, que ya no conservaba para mí ningún atractivo. El frío de la noche se había apoderado de mí, y un ligero temblor me recorrió desde la cabeza á los pies. Procuré abrigarme bien, y al hacerlo, pude observar con sentimiento que la sensación del frío, unida á la embestida del murciélago, había bastado para cambiar de nuevo el curso de mis ideas. La mágica chinela no hubiera tenido sobre mí en aquel momento mayor influencia que la cabellera de Berenice ó de cualquiera otra constelación. En seguida me puse á reflexionar acerca de lo insensato que era el pasar la noche expuesto á la intemperie, en vez de atender la voz de la naturaleza, que nos manda dormir. Tan sólo la razón se agitaba en aquel momento en mi interior, y me hizo ver todo esto comprobado como una proposición de Euclides. Por último, perdí de pronto la imaginación y el entusiasmo, y quedé entregado á la triste realidad. ¡Existencia deplorable! ¡Tanto valdría ser un árbol seco en medio de un bosque, ó bien un obelisco en medio de una plaza!

¡Qué extraños son, me decía, estos dos mecanismos

del hombre : la cabeza y el corazón ! Impulsado alternativamente por estos dos móviles de sus actos en dos contrarias direcciones, la última que sigue le parece siempre la mejor. ¡Locuras del entusiasmo y del sentimiento ! dice la fría razón. ¡Debilidad é incertidumbre de la razón ! exclama el sentimiento. ¿Quién podrá nunca, quién osará decidir entre ambas tendencias ?

Juzgué que sería bueno discutir la cuestión sobre el terreno, y decidir de una vez para siempre á cuál de estos dos guías debería confiarme para el resto de mi vida. ¿Seguiré de hoy más á la cabeza ó al corazón ? Veámoslo.

CAPÍTULO XXX

Al decir esto, sentí un dolorcillo en el pie que descansaba sobre la escalera. Estaba, además, muy fatigado de la difícil posición que había guardado hasta entonces. Me incliné lentamente para sentarme, y dejando colgadas mis piernas á derecha é izquierda de la ventana, empecé mi viaje á caballo. He preferido siempre esta manera de viajar á cualquiera otra, porque soy apasionado por los caballos. Sin embargo, de todos los que he visto ó de los cuales he oído hablar, aquel cuya posesión lubiera deseado más vehementemente, es el caballo de madera del cual se cuenta en las *Mil y una Noches* que corría por los aires con la velocidad

del rayo, sin más que darle vuelta á una clavija que tenía entre las orejas.

Ya habrá comprendido el lector que mi cabalgadura se parece mucho á la de las *Mil y una Noches*. Por su posición, el viajero que monta en la ventana comunica por un lado con el cielo y goza del imponente espectáculo de la naturaleza; los metéoros y los astros se encuentran á su disposición. Si vuelve los ojos hacia el otro lado, el aspecto de su cuarto y de los objetos que contiene resucitan en él la idea de su existencia y le hacen volver á la realidad. Un simple movimiento de la cabeza reemplaza á la clavija encantada y basta para operar en el alma del viajero un cambio tan rápido como extraordinario. Tan pronto habitante de la tierra como del cielo, su espíritu y su corazón recorren todos los goces que al hombre le es dado experimentar.

Presentí de antemano el gran partido que podía sacar de mi montura. Cuando me vi bien sentado, bien sujeto y convencido de que no tenía nada que temer de los ladrones ni de los pasos en falso del caballo, consideré la ocasión muy favorable para entregarme al examen del problema que debía resolver respecto á la preeminencia de la razón ó del sentimiento. Pero la primera reflexión que hice á este propósito me detuvo bruscamente. ¿Estará bien que me erija yo mismo en juez de tal proceso, me dije muy por lo bajo, yo, que desde ahora le concedo en conciencia el triunfo al sentimiento? Por otra parte, si excluyo á las personas cuyo corazón se sobrepone á su cabeza, ¿á quién voy á consultar? ¿Á un geómetra? Éstos se

hallan vendidos á la razón. Para decidir en tal asunto, sería preciso encontrar á un hombre que hubiese recibido de la naturaleza igual dosis de razón y de sentimiento, y que en el momento de ir á pronunciar el fallo, ambas facultades estuviesen perfectamente equilibradas... lo cual es imposible. Más fácilmente se equilibraría una república.

El único juez competente sería, pues, aquel que no tuviese nada de común con la una ni con el otro, un hombre, en fin, sin corazón ni cabeza. Tan extraña consecuencia exaltó á esta última, mientras que por su parte el primero protestó contra esa falta de participación. Me parecía, sin embargo, que había discurrido bien, y hubiera en tal situación formado muy mala idea de mis facultades intelectuales, si no hubiese reflexionado que en las cuestiones de alta metafísica, como la de que se trata, no han faltado filósofos de primera fila que han sido arrastrados frecuentemente, por medio de una serie de razonamientos, á consecuencias desastrosas que han influido de una manera poderosa sobre la felicidad de los hombres. Me consolé, pues, pensando que el resultado de mis especulaciones filosóficas no perjudicaría á lo menos á nadie. Dejé la cuestión indecisa, y acordé que para el resto de mi vida seguiría alternativamente al corazón ó la cabeza, según la preponderancia que cada uno tomase sobre el otro. Creo, efectivamente, que éste es el mejor de los métodos, por más que hasta ahora no me haya dado muy grandes resultados. Sin embargo, nada me importa esto; continúo bajando el rápido sendero de la vida

sin temor y sin proyectos, unas veces riendo, otras llorando, algunas haciendo ambas cosas, y muchas tarareando una antigua canción para distraerme á lo largo del camino. Algunas veces cojo una margarita en cualquier ladera y voy arrancando sus hojas una por una, diciendo: «Me ama, un poco, mucho, apasionadamente, nada.» La última trae casi siempre nada, porque, en efecto, Elisa ha dejado de amarme.

Mientras me entretengo de esta manera, la generación entera de los vivos pasa por mi lado; parecida á una ola inmensa, bien pronto va á estrellarse conmigo contra la ribera de la eternidad; y como si el huracán de la vida no fuese aún bastante impetuoso, como si nos empujara con harta lentitud hacia los límites de la existencia, las naciones en masa se destruyen entre sí, anticipando de esta suerte el término fijado por la naturaleza. Los mismos conquistadores, arrastrados por el rápido torbellino del tiempo, se divierten arrojando millares de hombres en el arroyo. ¿En qué pensáis? ¡Esperad!... ¿Por qué lanzar toda esa gente á la muerte? ¿No veis la ola que adelanta? Ya espuma cerca de la orilla... ¡Esperad un instante aún, en nombre del cielo! ¡Dentro de poco, vosotros, y vuestros enemigos, y yo, y las margaritas, todo concluirá! ¡Qué asombrosa insensatez! ¡qué imperdonable locura! En adelante, ya es cosa resuelta, no deshojaré ninguna margarita.

CAPÍTULO XXXI

Después de haberme fijado para el porvenir una prudente regla de conducta, gracias á una luminosa lógica, conforme ha podido observarse en los capítulos precedentes, quedábame aún por aclarar un punto muy importante á propósito del viaje que iba á emprender. No basta, en efecto, montar á caballo ó subir á un carruaje : hay que saber adónde se quiere ir. Estaba tan cansado de las investigaciones metafísicas en que acababa de ocuparme, que antes de resolver acerca de la región del globo á que debía dar la preferencia, quise descansar un poco no pensando en nada. Es una manera de vivir también de mi invención y que en muchas ocasiones me ha sido de gran utilidad; pero no es dado á todos el poderla usar, porque si es fácil profundizar las ideas ocupándose con firmeza en un asunto, no lo es tanto el detener de pronto el pensamiento como se detiene el péndulo de un reloj. Molière ha hecho muy mal poniendo en ridículo á un hombre que se divertía trazando círculos en un pozo. Yo, por el contrario, me inclino mucho á creer que aquel hombre era un filósofo que poseía el don de suspender el curso de su inteligencia para descansar, lo cual constituye una de las operaciones más difíciles que sea dable realizar al alma humana.

Bien sé yo que aquellos que poseen esta facultad,

sin haber hecho nada para poseerla, y que no piensan ordinariamente en nada, me acusarán de plagiarlo y reclamarán la prioridad del invento; pero el estado de inmovilidad intelectual de que quiero hablar es muy diferente del que ellos disfrutaban y del de que Mr. Necker ha hecho la apología¹. El mío es siempre voluntario y no puede ser sino momentáneo; para gozar de él en toda su plenitud, cerré los ojos apoyándome con ambas manos sobre la ventana, como un jinete cansado se apoya sobre el arzón de la silla, y bien pronto el recuerdo del pasado, el sentimiento del presente y la previsión del porvenir se apagaron en mi alma.

Como este modo de ser favorece poderosamente la invasión del sueño, después de medio minuto de disfrutar de este estado sentí que mi cabeza se caía sobre el pecho; abrí en seguida los ojos, y las ideas tomaron nuevamente su curso, circunstancia que prueba bien á las claras cómo la especie de letargo voluntario de que estoy hablando es muy diferente del sueño, pues éste fué precisamente quien me despertó, lo cual nunca le habrá sucedido á nadie.

Al levantar mis miradas al cielo, vi á la estrella polar perpendicularmente encima de la azotea de la casa, lo cual me pareció de muy buen augurio, en el momento mismo en que iba á emprender un largo viaje. Durante el intervalo de reposo de que acababa de gozar, mi imaginación había recobrado toda su fuerza, y mi corazón se hallaba preparado para recibir las más

1. *Sobre la felicidad de los tontos* (1782. in-18).

dulces impresiones : ¡ tanto puede aumentar su energía este pasajero descanso del pensamiento !

El fondo de tristeza en que mi situación precaria en el mundo me tenía sumido, fué reemplazado de pronto por un vivo sentimiento de esperanza y de valor; me sentí capaz de afrontar la vida con todos los cambios de infortunio ó de felicidad que arrastra consigo.

¡ Astro brillante! exclamé en el delicioso éxtasis que se había apoderado de mí. ¡ Incomprensible producción del eterno pensamiento ! ¡ Tú, que solo é inmóvil en el cielo, velas desde el día de la creación sobre una mitad de la tierra ! ¡ Tú, que diriges al navegante por los desiertos del océano, y con una sola mirada has devuelto con frecuencia la esperanza y la vida al marinerero aterrado por la tempestad ! Puesto que nunca he dejado de buscarte entre tus compañeras, cuando la noche serena me ha permitido contemplar el cielo, asísteme, luz celeste ! ¡ Ah ! la tierra me abandona ; sé tú hoy mi consejero y mi guía ; dime á qué región del globo debo dirigirme.

Durante esta invocación, la estrella parecía irradiar más vivamente y regocijarse en el cielo, como invitándome á acercarme á su protectora influencia.

No creo en los presentimientos ; pero sí en una Providencia divina, que conduce á los hombres por medios desconocidos. Cada instante de nuestra existencia es una creación nueva, un acto de la Voluntad omnipotente. El orden inconstante que produce las formas siempre nuevas y los fenómenos inexplicables de las nubes, se determina por cada instante hasta en la me-

nor partícula de agua que las compone ; los sucesos de nuestra vida no pueden tener otra causa, y atribuirlos al azar sería el colmo de la locura. Por mi parte, hasta puedo asegurar que algunas veces he llegado á entrever los hilos imperceptibles de que se vale la Providencia para mover á los hombres más eminentes, como si fuesen títeres, mientras que ellos se imaginan dirigir el mundo ; ella les dota el corazón de una pequeña cantidad de orgullo, y esto les basta para hacer perecer ejércitos enteros y para volver en una nación lo de arriba abajo.

Como quiera que sea, creía tan firmemente en la realidad de la invitación que había recibido de la estrella polar, que resolví en el acto marcharme hacia el Norte. Á pesar de que no tenía en aquellas regiones lejanas ningún punto preferido ni objeto alguno determinado, cuando al día siguiente partí de Turín, salí por la puerta Palacio, que se encuentra al norte de la ciudad, bien persuadido de que la estrella polar no me abandonaría.

CAPÍTULO XXXII

En este punto estaba de mi viaje, cuando me vi obligado á bajar precipitadamente de caballo. No hubiera hecho caso alguno de esta particularidad, si en conciencia no debiese instruir á todas aquellas personas que quieran adoptar mi sistema de viaje, de los

pequeños inconvenientes que presenta, después de haberles expuesto sus inmensas ventajas.

Indudablemente que las ventanas no se inventaron, por regla general, para el nuevo destino que yo les doy, y por esto los arquitectos que las construyen no cuidan de darles la forma cómoda y redondeada de una silla inglesa.

Sin necesidad de más explicaciones comprenderá el inteligente lector, así lo espero, la dolorosa causa que me obligó á hacer un alto. Bajé con algún trabajo, y dí algunas vueltas á pie á lo largo del cuarto para desentumecerme, meditando acerca de la mezcla de penas y placeres de que se halla sembrada la vida, así como también acerca de la especie de fatalidad que hace al hombre esclavo de las circunstancias más insignificantes. Después de lo cual me apresuré á volver á montar á caballo, provisto de una almohada de plumas, cosa que no me hubiera atrevido á hacer algunos días antes por miedo á que me silbase la caballería; sin embargo, como el día anterior ví en las puertas de Turin á una partida de cosacos que llevaba igual montura desde las orillas del Palus-Meotides y del mar Caspio, creí que, sin faltar á las leyes de la equitación, que he respetado siempre mucho, podría adoptar igual sistema.

Libre, pues, de la desagradable sensación que he dejado adivinar, pude ocuparme tranquilamente en mi plan de viaje.

Una de las dificultades que más me preocupaba, porque residía en mi conciencia, era la de saber si

hacia bien ó mal en abandonar mi patria, cuando ya la mitad de la patria me había abandonado á mi¹. Semejante cuestión me parecía demasiado importante para resolverla á la ligera. Reflexionando acerca de esta palabra *patria*, descubrí que no tenía de ella una idea muy clara. ¡Mi patria! ¿En qué consiste la patria? ¿Será un conjunto de casas, de campos y de ríos? No puedo creerlo. ¿Será quizá mi familia, serán mis amigos los que constituyen mi patria? Sin embargo, todos ellos la han abandonado ya. ¡Ah! ya lo acerté. ¿Será el gobierno? Lo han cambiado... ¡Dios mío! ¿dónde está, pues, mi patria? Pasé la mano por mi frente en un estado de inquietud inexplicable. ¡Qué fuerza tiene el amor á la patria! El sentimiento que experimentaba á la sola idea de abandonar la mía, me probaba tan claramente la realidad de ello, que hubiera permanecido á caballo toda mi vida antes que abandonar mi sitio sin haber aclarado esta dificultad.

Comprendí bien pronto que el amor á la patria depende de la reunión de muchos elementos: el hábito que crea en el hombre el ver desde su infancia á unos mismos individuos; la localidad, el gobierno. Se trataba, pues, de averiguar en qué proporción cada una de estas tres bases contribuye para la constitución de la patria.

El cariño á nuestros compatriotas depende generalmente del gobierno, y no es otra cosa que el sentimien-

1. El autor servía en el Piamonte cuando la Saboya, su patria, fué agregada á Francia en 1798.

to de la fuerza y de la felicidad que á todos nos proporciona, porque el verdadero cariño se halla limitado á la familia y á un pequeño número de personas con quienes estamos íntimamente ligados. Todo aquello que destruye el hábito ó la facilidad de encontrarse convierte á los hombres en enemigos; una cadena de montañas da lugar á que los ultramontanos de uno y otro lado no puedan verse; los habitantes de la orilla derecha de un río se consideran muy superiores á los de la izquierda, y éstos á su vez se burlan de sus vecinos. Esta tendencia se advierte hasta en las grandes ciudades divididas por un río, á pesar de los puentes que unen ambas orillas. La diferencia de lenguaje aleja aun más á los hombres de un mismo gobierno; en fin, la misma familia, en la cual reside nuestro verdadero afecto, se dispersa frecuentemente en una misma patria; cambia continuamente en la forma y en el número y hasta puede ser transportada aquí ó allá. No es, pues, ni en nuestros compatriotas ni en nuestras familias donde reside en absoluto el amor á la patria.

La localidad contribuye también, por lo menos en igual proporción, al cariño que profesamos al país natal. Á este propósito se presenta una objeción muy interesante: se ha observado en todos tiempos que los montañeses son, de todos los pueblos, los que mayor cariño profesan á su país, y que los pueblos nómadas habitan por regla general grandes llanuras. Cual puede ser la causa de esta diferencia en el cariño de cada pueblo á su localidad? Hela aquí, si es que no me engaño: en la montañas tiene la patria una fisonomía, y en

las llanuras no tiene ninguna. Es una mujer sin rostro, á quien no es posible amar á pesar de todas sus buenas cualidades. ¿Qué le queda, con efecto, de su patria local al habitante de una aldea, cuando al paso del enemigo le incendian el pueblo y le talan los árboles? El desgraciado busca vanamente en la línea uniforme del horizonte algún objeto conocido que le recuerde algo: no existe ninguno.

Cada punto del espacio le presenta igual aspecto é idéntico interés. Este hombre es nómada por el hecho, á no ser que el hábito del gobierno le retenga; su habitación estará aquí ó allá, no importa; su patria está en todo aquello donde el gobierno ejerza su acción; no tendrá más que media patria. El montañés, en cambio, se liga á los objetos que ve desde su infancia y que tienen formas visibles é indestructibles; desde todos los extremos del valle ve y reconoce su campo colocado en la pendiente de la colina. El ruido del torrente que hierve entre las rocas no se interrumpe nunca; el sendero que conduce á la aldea se desvía al pie de la inmutable roca de granito. Ve en sueños el contorno de las montañas que lleva retratadas en el corazón, como después de haber mirado largo tiempo los vidrios de una ventana, se les ve todavía al cerrar los ojos; el cuadro grabado en su memoria forma parte de sí mismo y no se borra nunca. En fin, sus mismos recuerdos se refieren á la localidad; pero es necesario que tenga objetos cuyo origen se ignore y de los que no se puede prever el fin. Los edificios viejos, los puentes antiguos, todo aquello que tiene un carácter de gran-

deza y de larga duración, reemplaza en parte á las montañas en el afecto hacia las localidades; sin embargo, los monumentos de la naturaleza tienen mayor influencia sobre el corazón. Para dar á Roma un nombre digno de ella, los orgullosos romanos la llamaron *la ciudad de las siete colinas*. El hábito que se adquiere no puede destruirse nunca; el montañés, cuando llega á la edad madura, no se aficiona jamás al domicilio de una gran ciudad, y el habitante de las ciudades no puede convertirse en un montañés. De ahí nace, sin duda, que uno de los mejores escritores contemporáneos, que ha descrito con verdadero genio los desiertos de América, ha encontrado los Alpes mezuquinos y el Monte Blanco considerablemente pequeño.

La parte del gobierno es evidente; ella forma la primera base de la patria. Él es quien produce la unión recíproca de los hombres y hace más enérgico el cariño que naturalmente profesan á la localidad. Él solo, por medio de los recuerdos del bien ó de la gloria, puede ligarles al suelo que les ha visto nacer.

¿Es bueno el gobierno? la patria está en todo su apogeo; ¿degenera en vicioso? la patria está enferma; ¿cambia? la patria muere. Se crea una patria nueva, y cada uno es dueño de adoptarla ó de escoger otra.

Cuando todo el pueblo de Atenas abandonó aquella ciudad bajo la fe de Temístocles, ¿abandonaron los atenienses á su patria ó se la llevaron en sus bajeles?

Cuando Coriolano...

¡Dios mío, en qué discusión me he metido, olvidando que estoy á caballo de la ventana!...

CAPÍTULO XXXIII

Tenia yo una parienta, mujer entrada en años y de mucho ingenio, cuya conversación era de las más agradables; pero su memoria, fértil é inconstante á la vez, la hacía pasar frecuentemente de episodio en episodio y de digresión en digresión hasta el punto de tener que implorar el auxilio de su auditorio. ¿Qué es lo que os quería contar? decía, ocurriendo muchas veces que sus mismos oyentes lo habían olvidado, con lo que ponía á todos en un apuro inexplicable. Eso mismo habrá podido observarse que me sucede á mí frecuentemente en mis narraciones, y yo debo confesar, con efecto, que el plan y el orden de mi viaje están exactamente calcados sobre el orden y el plan de las conversaciones de mi tía. Afortunadamente no tengo que pedir al público que me recuerde cosa alguna, porque vengo advirtiendo que el asunto reaparece por sí mismo y cuando menos me lo figuro.

CAPÍTULO XXXIV

Aquellas personas que no aprueben mi disertación respecto á la patria, deben saber que desde hacia algún rato el sueño se estaba apoderando de mí, á pesar de los

esfuerzos que hacía para combatirlo. Sin embargo, no estoy muy cierto ahora de si me dormí buenamente y si las cosas extraordinarias que voy á relatar fueron efecto de un sueño ó de una visión sobrenatural.

Vi descender del cielo una nube brillante que poco á poco se aproximaba hacia mí y que, como un velo transparente, recubría á una joven de veintidós á veintitrés años. En vano buscaría expresiones para describir el sentimiento que me produjo su aspecto. Su fisonomía radiante de bondad y de benevolencia tenía todo el encanto de las ilusiones de la juventud, y era dulce como los sueños del porvenir; su mirada, su apacible sonrisa, todas sus facciones, en una palabra, realizaban á mis ojos el ser ideal que mi corazón buscaba hacía tanto tiempo y que ya había desesperado de poder encontrar nunca.

Mientras la contemplaba en un éxtasis delicioso, vi brillar la estrella polar entre los rizos de su negra cabellera que agitaba el viento norte, y unas palabras de consuelo llegaron al mismo tiempo hasta mi oído. ¿Qué he dicho? ¡palabras! era la misteriosa expresión del pensamiento celeste que descubría el porvenir á mi inteligencia, mientras los sentidos permanecían encadenados al sueño; era una comunicación profética del astro protector que acababa de invocar, cuyo sentido voy á tratar de expresar en una lengua humana.

« No te has engañado al depositar en mí tu confianza, dijo una voz cuyo sonido se parecía al de las arpas éolicas. Mira, ahí tienes el campo que te he reservado; ése es el bien á que aspiran en vano los hombres que

creen que la felicidad es un cálculo, y que piden á la tierra lo que no se puede obtener más que del cielo. » Al pronunciar estas palabras, el metéoro penetró en la profundidad de los cielos, la aérea divinidad se perdió entre las brumas del horizonte; pero, al alejarse, me lanzó sus miradas que llenaron mi corazón de confianza y de esperanza.

En seguida, ardiendo en deseos de seguirle, piqué con ambos pies con toda mi fuerza; y como me había olvidado de ponerme las espuelas, di con el talón derecho contra el ángulo de una teja con tal violencia, que el dolor me hizo despertar sobresaltado.

CAPÍTULO XXXV

Este accidente fué de una ventaja positiva para la parte geológica de mi viaje, porque me proporcionó la ocasión de conocer exactamente la altura de mi cuarto sobre las capas de aluvión que forman el suelo en que se halla asentada la ciudad de Turín.

Mi corazón palpitaba con violencia, y acababa de contar tres latidos y medio, á partir del momento en que piqué á mi caballo, cuando oí el ruido de mi zapatilla que se había caído á la calle, lo cual, calculando el tiempo que gastan los cuerpos graves en su caída acelerada y el que habían empleado las ondas sonoras del aire para llegar á mi oído desde la calle, determina la